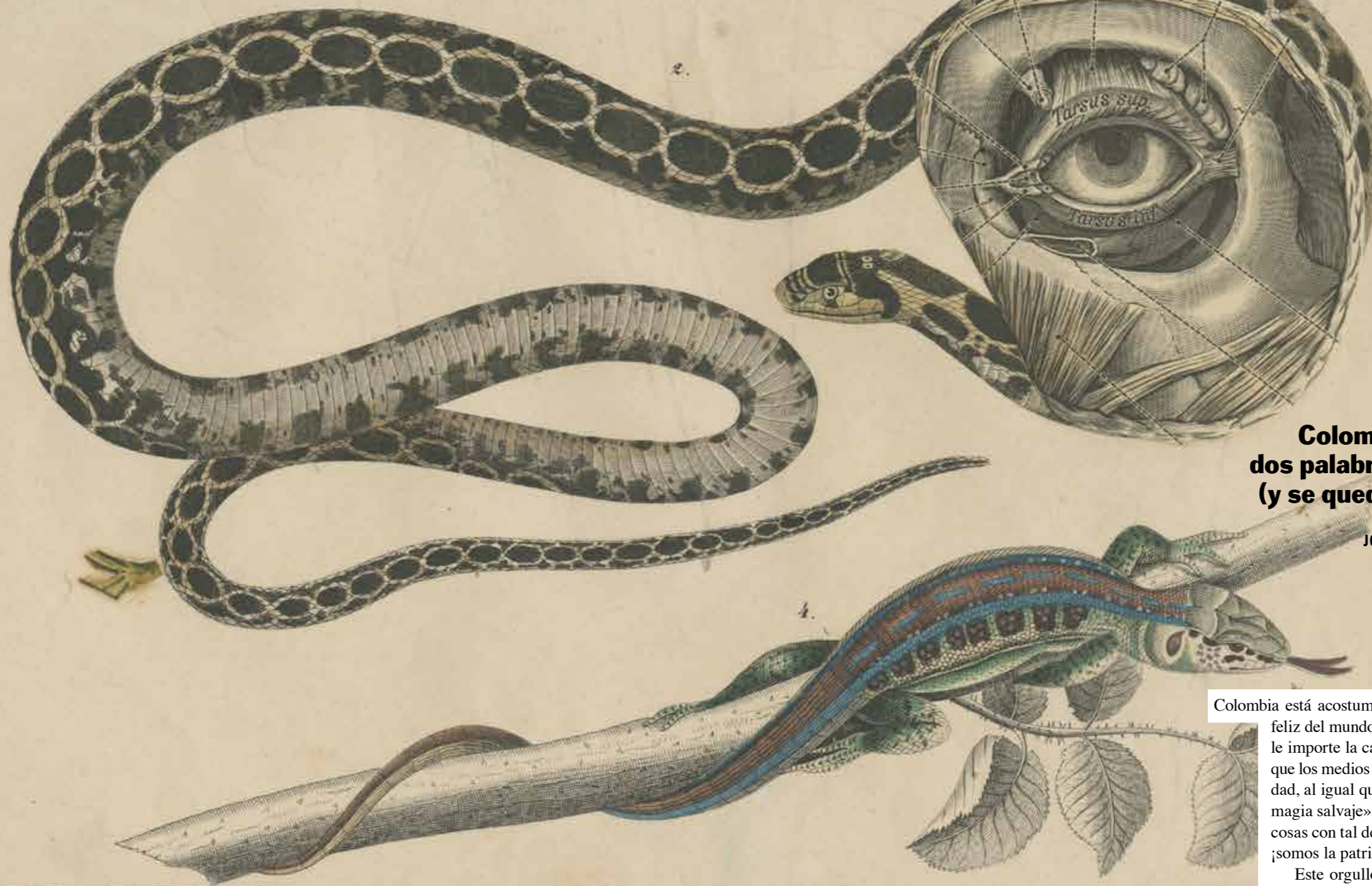


El realismo mágico en la definición de lo nacional



Colombia se adueñó de dos palabras que no eran suyas (y se quedó atrapada en ellas)

JOSÉ DARÍO GUTIÉRREZ

Colombia está acostumbrada a recibir el título de «país más feliz del mundo», y lo hace con gusto, sin que a nadie le importe la calificación de quien lo otorga; un título que los medios de comunicación repiten hasta la saciedad, al igual que «Colombia es pasión» o «Colombia, magia salvaje». Aquí nos lo creemos: nos inventamos cosas con tal de no vernos en el espejo. Hoy, sin duda, ¡somos la patria nativa del realismo mágico!

Este orgullo deriva del Premio Nobel otorgado a Gabriel García Márquez en 1982, de quien, sin duda, sí estamos orgullosos, aunque se nos suele olvidar que el Gobierno de esos días lo sacó corriendo del país por «peligroso izquierdista». Por aquel entonces se le consideraba un enemigo de la patria, uno de aquellos a quienes comenzamos a perseguir desde que se empezaron a manifestar las insatisfacciones por los incumplimientos del pacto de paz de la premodernidad colombiana, como el firmado en noviembre de 1902 en el acorazado USS Wisconsin para poner fin a la

Lith. Anst. v. C. Schöner in Stuttgart.

F.R.

FRANZ ROH (1890)
Sin título, 1925.
collage y color sobre litografías,
17 x 26.

Guerra de los Mil Días, el último conflicto armado reconocido en Colombia como «civil». Porque, para algunos, lo que vino después fue «delincuencia» o «insurgencia» contra «un Estado democrático y legítimamente constituido», amenazado siempre por «la plaga» del comunismo internacional, sin tener presente que — como en la novela de José Eustasio Rivera titulada *La vorágine* (1924)— el Estado colombiano nunca ha sido capaz de copar su territorio.

Solo a manera de ejemplo, es evidente que jamás nos referimos o preguntamos por el trágico temor del viejo José Arcadio Buendía a que naciera aquel bebé con cola de cerdo, que bien pudiera ser la metáfora de lo que tenemos hoy como país. Tampoco recordamos *La hojarasca*, con sus referencias a las masacres de trabajadores en huelga en las plantaciones de banano a manos de un ejército servil a los intereses norteamericanos. Y mucho menos recordamos las incumplidas promesas de una pensión mínima al veterano coronel de aquella guerra, ni al viejo Melquíades y su eterno rehacer de pescaditos de oro; todas ellas, historias magistralmente narradas por nuestro amado escritor. Sin embargo, sí que tenemos siempre presentes las mariposas amarillas, los Mauricios Babilonia y el apego a lo absurdo, en una nación que a partir de ahí transitó, ya amnésica, de la cordillera al Caribe, de aquella fría y nunca vista Atenas suramericana al sombrero vueltiao, al vallenato y, hoy, a la champeta y el reguetón.

Pues sí, nos queda muy bien aquello del realismo mágico referido a este país surrealista, endogámico; a esta manigua que, como a Arturo Cova, nos tragó. Eso sí, hace más de cien años, más por ausencia de identidad que de soledad.

Esa misma atracción y despreocupación por lo que vivimos y no entendemos, así como el tradicional temor a abrirnos al mundo —que se manifiesta en la negativa histórica a recibir inmigrantes y al también eterno recelo y acuerdo, casi siempre tácito pero a veces también expreso, de mantener un sistema que asegure la perpetuación del poder en unos pocos dominantes sobre otros muchos dominados—, tampoco nos han permitido recorrer libre y críticamente las trazas del quehacer cultural.

Es proverbial nuestro apego a lo ya dicho. Un país siempre pobre y cerrado, temeroso del avance del comunismo, con una tardía y limitada creación de una Academia de Bellas Artes (1886) en medio de la hegemonía conservadora, con su elemental referencia a un «arte bueno» derivado del ya, en ese entonces, revaluado ideal español o francés: poco o nada pudimos ver de las llamadas vanguardias de comienzos del siglo XX.

En 1925, el fotógrafo, artista, crítico y teórico alemán Franz Roh acuñó el término realismo mágico cuando trataba de resolver los problemas que

le planteaba la pintura europea de aquel momento. Lo justificó por la necesidad de darle a su libro un «nombre significativo», pues la palabra «posexpressionismo» solo hacía referencia al abolengo y a una relación cronológica, mientras que «realismo ideal», «verismo» o «neoclasicismo» solo designaban un aspecto del movimiento. Concluyó, entonces, que con la palabra «mágico», en oposición a «místico», lograba indicar que el misterio no descendía al mundo representado, sino que se escondía y palpaba tras él. Al final de la nota de presentación del libro, invitaba a iniciar su lectura en la página 31 a todos aquellos que no consideraran importante plantear ese problema en dicha magnitud.

«La pintura siente ahora —por así decir— la realidad del objeto y el espacio, no como una copia de la naturaleza, sino como una segunda creación».

«Pero el realismo mágico puede ser entendido como una, por decirlo así, compenetración de ambas posibilidades; no equilibrio, ni menos aún confusión de los contrarios, sino sutil y, sin embargo, incesante tensión entre la sumisión al mundo presente y la clara voluntad constructiva frente a él. El mundo, entonces, ya no es ni un fin por sí mismo ni simple material, sino (como en toda verdadera voluntad vital, aun fuera del arte) una tercera magnitud, que comprende ambos contrarios».

A partir de entonces, el término realismo mágico se utilizó, en el ámbito de la pintura, para hacer referencia a ese dualismo de realidad y misterio que no permitía la absorción de una por el otro, y viceversa, sino que se fundían creando una nueva realidad, y como fórmula para la creación de algo totalmente nuevo, un arte de sorpresas.

A partir de 1947, la idea del realismo mágico se comienza a usar para la redefinición teórica de la literatura hispanoamericana, cuando Arturo Uslar Pietri —en su ensayo *El cuento venezolano*— lo caracteriza como «una adivinación poética o una negación poética de la realidad». Y es a Ángel Flores a quien se le atribuye la popularización de la expresión al describirla, en 1955, como «el interés de transformar lo común y cotidiano en tremendo e irreal; lo irreal acaece como parte de la realidad [...] el tiempo existe en una especie de fluidez temporal [...] una trama preñada de intensidad progresivamente escalonada que le lleva a un final ambiguo y confuso».

En 1959, Alejo Carpentier habla de «lo real maravilloso» para introducir *El reino de este mundo*. Esta novela y *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias (también de 1959) se consideran las precursoras del nuevo género y fenómeno comercial conocido como el *boom* latinoamericano, gloria que, desde ese mismo momento, tomamos como propia sin preocuparnos, ni entonces ni ahora, por su realidad; pero, eso sí, sujetos al milagro de su magia. ✨



FRANZ ROH (1890)

El ideal del estudiante decaee, ca. 1930,

collage de xilografías,

20.5 x 15.4,

todas las obras son cortesía

de la colección Proyecto Bachué, Bogotá.